

LA REINA de las MORCILLAS

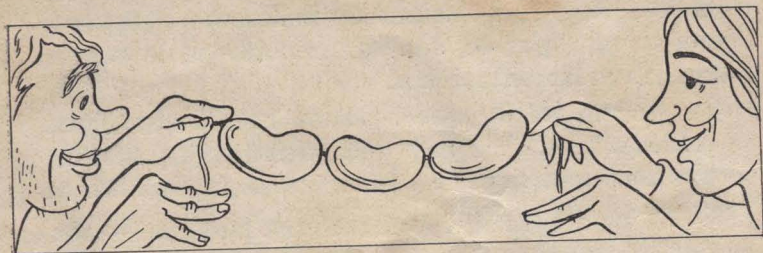


J. BALLESTA — Editor

ALSINA 2006
Buenos Aires



00163233



LA REINA DE LAS MORCILLAS

Cuentan las gentes, que cierta vez, hace de esto muchos años, hubo un pobre leñador llamado Pánfilo, quién tenía tan poca suerte, que cosa que emprendía, cosa que le salía mal.

El hombre era trabajador y honrado; pero eso sí: bastante bruto. Yo no sé si por esto último o porque realmente la desgracia se cebase en él, el caso es que nuestro buen hombre siempre andaba de cabeza.

Su mujer, que se llamaba Teodora, se lamentaba mucho de que los asuntos fueran tan mal y de que por más que trabajaban, nunca lograban ahorrar algún dinero, para asegurar su vejez. Así es que se pasaba la vida riñendo con el pobre Pánfilo, y haciéndole culpable de todas las desgracias que les sucedían, lo cual contribuía a amargar la vida del infeliz leñador.

Vivía amargado por sus continuas desgracias y aunque trataba de sobreponerse al destino y

aceptar con resignación sus males, no siempre lo conseguía, por lo cual a menudo se le oía en quejas y lamentaciones.

—Bien, decía, que a todos no les toca igual felicidad; muchos hay que sufren, pero en cambio más de una vez en la vida habrán sido felices.

—Por desgraciada que sea una persona — continuaba nuestro buen hombre — yo creo que alguna porción de felicidad le habrá tocado en el reparto de ellas. . . Pero en cambio a mí. . . Se conoce que se olvidaron de mi cuando repartieron la dicha sobre la tierra y por eso, es por lo que no me ha tocado ni un adarme de ella. . .

Realmente los seres tan desgraciados como yo, más valía que no hubiésemos nacido. . . En el mundo no hacemos falta ninguna, y nosotros no hacemos más que sufrir y sufrir, sin disfrutar de nada. . . Yo daría media vida, por poder disfrutar un poco; pero me parece que ni ¡por esas! soy yo feliz. . . ¡Qué suerte más negra tengo!..

Y otras veces:

—Cómo no he de quejarme, si yo nunca he visto que haya podido realizar un deseo mío, en cambio. . . mi vecino Juan, ha comprado una hermosa casa con jardín y todo. Mi primo Andrés, tiene su corral lleno de gallinas, pavos y cerdos, bien cebados y rozagantes; mi compañero Julián, ha heredado muy buen dinero de su tío el sacristán; y eso no comparándome con los más ricos del pueblo! . . . Pero si hasta la tía Qui-

teria tiene un huerto rebosante de lechugas, tomates, manzanas y peras! . . . Y Pedro, el pastor, uno de los más pobres del pueblo, tiene por lo menos la suerte de que su mujer es muy trabajadora y más buena que el pan! . . . No como mi Teodora, que siempre me está riñendo . . . y siempre me está amargando la vida con sus continuas quejas y lamentaciones! Todos, todos, tienen algo de suerte, por algún ladito, aunque sea pequeño les sonríe la vida, solo yo soy tan desgraciado, que el día que me muera, ni el diablo va a querer cargar conmigo! . . .

Y así seguía lamentándose.

Una mañana más, en el andar del tiempo, se hallaba entregado a las tareas propias de su oficio de leñador, cuando al caer con los últimos hachazos un soberbio árbol, de entre la polvareda y rodeado de estrépito de rayos y truenos se le apareció Júpiter.

Cuando Pánfilo le vió, preso de terrorífico pánico, creyó que sin duda esa aparición le traería otra desgracia mayor que las que hasta entonces sufriera y medio muerto de miedo y temblando exclamó:

—Por favor señor, que yo no pido nada, ni pediré más nada; os prometo no quejarme de nada y vivir como hasta ahora he vivido. ¡Soy un hombre bueno . . . soy un honrado trabajador, que nunca ha hecho mal a nadie! . . . ¡Por favor, Señor . . . no me traigáis más desgracias! Yo os prometo que me resignaré con mi suerte! . . . ¡Si

me he quejado hasta ahora ha sido sin pensar que os desagradaba!... ¡Perdonadme, noble Señor, y yo os juro que jamás, jamás, tendréis quejas de mí!...

—¡Ea, hombre, no tengáis miedo! Si precisamente vengo a tí para remediar tus males, si es que en verdad son males.

Pánfilo sólo atinó a dar un largo suspiro de alivio.

Júpiter continuó:

—Tus lamentos me han conmovido por que sé que eres una persona buena. Pero para demostrarte que no debes quejarte como lo haces, yo que soy el soberano de la tierra te doy la oportunidad para que seas feliz, — y agregó — pide dos cosas, cualquiera, lo que quieras ser o tener, y de inmediato te será concedido pero piensa y pide bien, no sea que luego de pedidas te arrepientas.

Se oyó un fuerte trueno y Júpiter desapareció.

Pánfilo quedóse petrificado. Se pellizcó temiendo haber sido víctima de una pesadilla. ¡Tenía tan mala suerte!

Pero debido al susto que se había llevado, recordaba las escenas y lo dicho por Júpiter y comprendió que había sido realidad.

Loco de alegría, tiró hacha y leña y todo al suelo y salió corriendo hacia su casa.

Era tal la alegría y el contento que le embargaban, que iba dando cabriolas y saltos por las calles, al mismo tiempo que cantaba a voz en cuello alegres canciones, que hacía mucho que



SE LE APARECIO JUPITER

no había vuelto a cantar. Los vecinos al verle pasar de tal guisa, le miraban llenos de extrañeza y se hacían señas los unos a los otros creyendo que Pánfilo estaba loco de remate. Pues estaban acostumbrados a verle siempre triste y cabizbajo y no se explicaban tan formidable cambio.

Su mujer que en ese momento estaba cocinando, al verlo aparecer corriendo y desmelenado se asustó.

—¡Pero hombre de Dios, qué tienes; siéntate!...

—¡Espera mujer, espera! — tomó un largo resuello y ya más serenado, bebió una copa de rhon.

Pánfilo de tan contento que estaba abrazó a su mujer y le empezó a contar todo lo que le había sucedido en el bosque, desde que le apareció Júpiter hasta que desapareció, sin omitir las promesas que le había hecho para proporcionarle la felicidad que tanto ansiaba.

Cuando acabó de contarle, la mujer de alegría no sabía si reír o llorar.

Además, sin poderlo remediar, dudaba de que fuera verdad tanta belleza, y creía que su marido, como estaba tan preocupado y tan triste por su mala suerte, había visto visiones.

Así es que estaba decidida a no tomar en cuenta lo que éste le estaba contando.

Però para estar más segura le volvió a preguntar:

—Dime Pánfilo, ¿estás seguro de que no era un sueño?

—Sí, mujer, tan real como que te veo a tí, — y para que más le creyera, empezó a jurarle, y rejarle.

—Bien hombre, te creo, — díjole convencida ya, — agregando —, pues ahora marido, debemos pensar bien lo que vamos a pedir.

Allí mismo empezaron a hacer proyectos.

—Pero, mira que esto...

Pero, mira que aquello...

Y empezaron las discusiones, sobre que ésta quería tal o cual cosa y aquél quería otras distintas.

El mareo de sus cabezas subía y aquellas pobres gentes que antes se hubieran conformado con tan poco, no sabían más que pedir para conformar sus deseos.

Al fin estuvieron de acuerdo.

Con el oro era poderoso el rey y el señor del pueblo, con el oro les parecía que podrían tener todo, comprar todo, y los desdichados estuvieron de acuerdo.

—Oro — decía la mujer.

—Oro — rubricaba el marido.

Entonces se quedaron un momento en suspenso y le pidieron en seguida a Júpiter, que les concediera el poder, de que todo lo que tocaran se convirtiera en oro.

Para celebrarlo fueron a la cocina y mientras

la mujer le servía vino, Pánfilo se sentó a la mesa.

No bién tocó el cuchillo para cortar el pan, este se puso más pesado y tomó el color del oro puro.

Pánfilo dió un grito.

—¡Mira, mujer, mira, es de oro el cuchillo! — y lo golpeaba contra el suelo para que produjera sonido.

La mujer se quedó embobada.

Entre los dos iban convirtiendo las cosas en oro, ella se las alcanzaba, él las tocaba y ya estaba; ya no había cacharro ni cubierto que no estuviera convertido en áureo metal.

La mujer hizo el mejor de los pollos asado y lo trajo a la mesa.

Ya iban a comenzar a comer, cuando empezó la tragedia.

Pánfilo fué a tomar un pedazo de pollo y casi se rompe los dientes, lo golpeó contra la mesa y era oro.

Pánfilo echó una maldición, tomó otro pedazo y lo mismo quedó convertido en oro; lo mismo sucedía con todo cuanto tocara.

Para conformar el hambre fué a tomar un pedazo de pan y casi se le cae de las manos por el peso.

Y allí comprendieron los pobres esposos que habían desperdiciado la ocasión que les brindó Júpiter de tener lo que desearan; además como podría Pánfilo librarse de la ahora maldita virtud



DORMIDO A ORILLAS DE UN LAGO

de convertir en oro todo cuanto tocara.

Solamente usando el segundo don todavía no usado.

Con lágrimas en los ojos, tuvieron que conformarse.

Y Pánfilo, pidió:

—Haz poderoso Señor, que pierda la virtud de convertir en oro lo que toque.

Y al momento pudo tomar un poco de pan, llevarlo a su boca y pudo comer el pollo asado por su mujer.

Por un tiempo, pareció que Pánfilo se había olvidado de quejarse de sus desdichas.

Pero poco a poco comenzó de nuevo:

—¡Que desgraciado soy! ¡Cuándo acabará esto! ¡Pues señor, siempre acabará todo mal para mí! — y en estas y otras cosas iban sus continuas quejas.

Cierta vez se quedó dormido a orillas de un lago.

Al darse vuelta sin querer tocó con los pies el hacha que estaba demasiado cerca de la orilla y ésta resbalando se cayó al agua.

El ruido le despertó y cuando la buscó no pudo hallarla por parte alguna.

Y entonces empezó de nuevo con sus imprecaciones:

—Pero habrás visto otro más desgraciado que yo — y agregaba furioso, — si no hay que hacerle, más que yo ninguno. — Y furioso tomó una piedra y con rabia la arrojó contra el suelo.

Pegar la piedra en la tierra y producirse algo así como una explosión, fué todo uno: Júpiter, esta vez con el ceño un poco fruncido estaba allí.

Pánfilo quiso correr, pero las piernas no le obedecían.

Presa de terrible pánico oyó que Júpiter, le decía:

—Buen hombre, ya una vez quise remediar vuestra situación. Os dí para que pidieras lo que quisieses, durante dos veces y no lo supistéis aprovechar. Nuevamente hoy te quejas de vuestro destino. No debieras quejarte porque hay muchos que están en peores condiciones que tú. Como te hice una concesión muy poderosa y no la supistes aprovechar, cosa que achaco a vuestra ignorancia, os voy a dar otra oportunidad más, que será la última.

Pánfilo seguía mudo, y Júpiter continuó:

—Te prometo concederte las tres primeras cosas que me pidas. Pero elige bien las mercedes que desees para obtener la Felicidad a que aspiras. — Y desapareció.

Esta vez el leñador, no se asombró de la aparición, se convenció de inmediato de que era real.

Durante el camino iba arrepentido de haberse quejado de su mala suerte y sin embargo, pensaba: —Gracias a que me quejé, me concede tres cosas.

Pero estaba más alegre, todo le parecía más lindo, las personas más buenas, más simpáticas,

las desgracias no existían y en el último de los casos podían remediarse.

Llegó así a su casa lleno de optimismo.

Contóle a su mujer lo que acababa de sucederle.

Y de inmediato comenzaron a idear planes y proyectos que a ellos les parecían los mejores y que sin embargo los rechazaban por no considerarlos suficientemente buenos.

Y volvieron a las mismas. No les bastó la triste experiencia de la primera vez.

Hasta hacía un rato con muy poco se hubieran conformado. Ahora todo les volvía a parecer poco. Su ambición volvía a ser enorme.

La mujer puso término a la discusión diciéndole:

—Es mejor que el asunto lo meditemos lentamente, no vayamos a precipitarnos como la otra vez. Lo dejaremos para mañana y lo podremos consultar con la almohada.

—Muy razonable, — subrayó Pánfilo. — Pero antes tenemos que celebrar esta dicha tan grande brindando por nuestra próxima felicidad.

Pánfilo apuró de un sorbo el gran vaso de vino que le había servido su mujer.

Y ya un poquito más alegre, agregó:

—¿Sabes mujer, que este vinillo tan agradable me ha abierto el apetito? ¡Con qué ganas me comería ahora un buen pedazo de morcilla!

No había terminado de manifestar inconscientemente este deseo, cuando marido y mujer se que-

daron estupefactos, al ver surgir de un rincón de la habitación una sarta de olorosa morcillas, acercándose hasta Pánfilo graciosamente.

Un grito de rabia se escapó de labios de la mujer que comprendió al instante, que su marido había desperdiciado el primero de los tres deseos que le había otorgado Júpiter.

—Infeliz — le dijo a Pánfilo a quién sino a tí puede ocurrírsele pedir una morcilla en vez de un reino, un palacio o algo que tenga verdadero valor. Está visto que toda la vida no saldrás de zopenco.

El pobre Pánfilo acobardado, confesó:

—Reconozco que me equivoqué, pero otra vez no sucederá, tendré más cuidado.

Su esposa que tenía un carácter muy violento e irascible, en vez de apaciguarse con las palabras humildes del marido se irritó más y colérica contestó así a Pánfilo:

—¡Solo tú como buen animal puedes hacer lo que has hecho!

Y al ver que su marido no contestaba, gritó:

—¡Y te quedas allí como un imbécil, dí lo burro que eres!

Pánfilo solo replicó.

—¡Calla, mujer, calla!

Y siguió la esposa.

—No. Si es claro, no puede pedírsele peras al olmo. Torpe eres y torpe morirás. — Y como aquél nada le contestara le siguió llenando de injurias, exigiéndole que quería ser reina.



OJALA SE TE PEGUE A LA NARIZ

Hasta que al fin acabóse la paciencia del marido, harto ya de insultos, el que gritó desesperado:

—¡Maldita sea la dichosa morcilla! ¡Ojalá se te pegue a la nariz a ver si callas de una vez! Así serás la reina de las morcillas.

Sin darse cuenta, con la rabia había enunciado otro nuevo deseo y la morcilla se adhirió fuertemente a la nariz de la mujer y para colmo el extremo de la sarta de morcillas se le rodeó al cuello a manera de collar.

La mujer estaba desesperada y aunque hacía esfuerzos para quitárselas no lo conseguía.

Tomó un cuchillo y sólo consiguió cortar la sarta.

Pero la morcilla que tenía pegada a la nariz, no la conseguiría cortar, por lo cual, solo haciendo uso de la tercera merced podría librar a la esposa de su ridícula situación.

Pánfilo, que en el fondo era un pedazo de pan se arrepintió de su arrebató al momento, pero había sido tarde.

También ejerció influencia el pícaro diablo sugiriéndole:

—No olvides que dispones de la tercer merced y que gracias a ella podrías si lo pidieras, ser rey de algún sitio; con ello mandarías y tendrías dinero.

Pero Pánfilo se objetaba así mismo con pena:

—Pero como va a ser reina mi mujer con esa nariz.

Pánfilo, buscaba otra cosa en que emplear la tercera merced, pero no encontraba nada más lindo que ser rey.

—Sin embargo: esa nariz... — y por último — lo voy a consultar a ella: que es lo que prefiere, si ser una reina ridícula por su nariz de morcilla o una leñadora humilde pero agraciada como lo era hasta hace un momento.

La esposa reflexionó también un rato, el ser reina la tentaba. Pero como era mujer y joven tomó rápida su decisión.

Aunque la encantaría ser reina, prefería no ser el hazme reir de las otras mujeres, hombres y chicos.

Prefirió ser una leñadora hermosa como antes. El marido sumamente apenado tuvo que pedir a Júpiter que le quitara a su mujer la morcilla que tenía pegada en la nariz, aunque dejase de ser reina de las morcillas.

Así fué, como los dos leñadores, ni fueron ricos, ni reyes, ni tuvieron palacio alguno, pudiéndolo tener todo.

Ello fué debido a que los leñadores, como la mayoría de las personas cuando la Providencia les concede algunos dones, se ciegan por la ambición.

* FIN *

SC
LJ
C-LAN
01

La Alegría de los Niños

SERIE PRIMERA

Amor de madre

La Pulgarcilla

El Avaro D. Rodrigo

Bajo el Sauce

El Cardo Vanidoso

Aventuras de 4 ratitas

El mejor destino

El trompo enamorado

Desventuras de un cisne

El escarabajo presumido

Barba Azul

La Cenicienta

El gato con botas

Caperucita Roja

La Reina de las
Morcillas

La princesa dormida

Piel de Asno

Las tres princesas

Grisélida

Pulgarcito

CADA TOMITO 10 centavos.